

Fidel Araneda Bravo

Los estudios históricos en Chile

(Continuación)

El historiador conservador

Los historiadores liberales tuvieron el grave defecto de escribir la historia en beneficio de su propia ideología. Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna, especialmente los dos primeros, vieron los acaecimientos y los hombres que en ellos actuaron, cegados por mezquinas y torpes pasiones partidaristas. Era necesario que se hiciera la historia auténtica, genuina e imparcial y la gente cuerda y estudiosa de Chile ansiaba que apareciese ese historiador.

En 1875, durante el fragor de una de las luchas presidenciales más intensas, vio la luz el primer volumen de la *Historia de Chile, bajo la administración de D. Joaquín Prieto*, cuyo autor era D. Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903). Tal libro fué un verdadero sedante en medio de la confusión de la época. D. Ramón era contemporáneo de los historiadores liberales y ya muy conocido por sus dos obras sobre la historia de Bolivia donde había representado a nuestro país con talento y señorío. Sotomayor Valdés era hombre inteligente, probo y ecuánime y estaba especialmente capacitado para ejercer con dignidad el noble magisterio de la historia. Era católico militante y pertenecía al viejo partido conservador o pelucón.

El nuevo historiador no tiene ninguno de los graves defectos de Barros Arana y de Amunátegui, es el reverso de la medalla. Dotado de un alto espíritu de justicia, comenzó a estudiar el laborioso y accidentado gobierno del general Prieto, y aunque era conservador no tuvo otra intención que emitir un juicio histórico desinteresado y severo. Buscó documentos, luego los compulsó, habló con los últimos sobrevivientes de aquel tiempo y en seguida con estilo liviano, noble y elegante, escribió los cuatro volúmenes de su historia que no alcanzó a terminar antes de bajar al sepulcro.

Ya en esa época el autor comenzó a innovar el pesado y supérfluo método de Barros Arana y de los antiguos historiadores: quiso acercarse al ideal de Ranke, Burckardt y Mommsen, se documentó primero y en seguida escribió, usando del documento sin transcribirlo ni comentarlo en el texto mismo de la obra sino al margen, en el extremo de la página. En sus obras anteriores, Sotomayor Valdés había caído en este grave defecto que dificulta la lectura de las obras históricas. La *Historia de Bolivia bajo el Gobierno del General Achá*, es sólo para estudiosos, porque el exceso de documentos le quita amenidad y soltura. Es evidente que el autor fué duramente criticado por los historiadores de ese tiempo, salvo por Barros Arana, el cual reconoció la importancia de la obra de su colega. Para esos investigadores la historia era sólo un archivador de documentos sin vida y por eso estimaron que el estudio de Sotomayor Valdés era superficial y de escasa investigación.

La verdadera revolución iniciada por Sotomayor en el campo de la historia, provocó serias resistencias entre aquellos que persistían en su empeño de hacer de la ciencia histórica un pesado fichero; algunos quisieron desconocer la labor que él realizó pacientemente en los archivos, durante más de treinta y siete años (1886-1903), reuniendo el material para su obra; y D. Domingo Amunátegui Solar, que estaba habituado al trabajo de investigación, no pudo conformarse con la ausencia del documento, en la *Historia del Gobierno de Prieto*; no comprendía que al historiador le está prohibido abusar de las fuentes informativas, ya que ellas son medios

que debe utilizar con mesura y discreción. El señor Amunátegui era de aquellos que no distinguían la investigación de la historia; y por eso lanza un tremendo baldón sobre Sotomayor Valdés cuando dice que la narración de los sucesos y el retrato de los personajes —en la *Historia de Chile*— habrían ganado mucho si “en vez de limitarse a consideraciones y noticias generales, se hubiera detenido el historiador en describir aquellos pormenores que a menudo dan pintoresco relieve a una situación y contribuyen a caracterizar a los hombres”. “Pero para ello Sotomayor Valdés habría debido poseer condiciones distintas de las que eran propias de su índole, habría necesitado enfrascarse en los archivos, estudiar con ahinco empolvados legajos y perder la vista en descifrar amarillentos papeles de otro tiempo. Nada de esto hizo ni intentó siquiera realizar. Para conocer a fondo los personajes que historiaba y para juzgar con acierto sobre sus principales actos, se consideraba satisfecho con leer detenidamente las piezas oficiales y los libros, folletos y diarios de la época”.

Ya Barros Arana atisbó algo de la reforma que estaba emprendiendo Sotomayor Valdés, al escribir su historia; y en 1876 decía, refiriéndose al primer tomo de la *Historia de Chile*, publicado en 1875: “su libro es una historia en toda la extensión de la palabra, en que ha dado cabida a los hechos de todo orden. Para componerlo ha adelantado considerablemente la investigación sobre todos los puntos; ha salvado omisiones, ha corregido descuidos y ha escrito al fin una obra de un mérito sólido, que enseña a la vez que despierta nuestro interés”.

Más tarde, D. Luis Galdames, haciendo coro a D. Domingo Amunátegui, negó también a D. Ramón sus trabajos de investigador; pero deslindó bien los límites de la historia y de la investigación, y supo apreciar exactamente el valor de la obra de nuestro historiador.

“Se conformó con ser nada más que historiador, o sea, constructor. Eso también contribuye a explicar la limitada fortuna obtenida por sus libros, en un país como el nuestro, donde sigue predo-

minando el antiguo criterio sobre la manera de reconstruir el pasado; o sea la simple acumulación de noticias sin otra valorización que la curiosidad de saberlas”.

Por fin, en 1935, el historiador y crítico de la historia, D. Francisco A. Encina, después de afirmar rotundamente en la frase ya citada que D. Ramón Sotomayor Valdés “fué ante todo historiador”, prueba que también se encerró en archivos y bibliotecas, acumulando documentos para escribir su obra: “Pero todos los que hemos tenido algún contacto con las fuentes de la historia chilena sabemos que los períodos mejor investigados son los primeros años que siguen a la llegada de Pedro de Valdivia, la Independencia y la administración Prieto, estudiados respectivamente por el señor Errázuriz, por Barros Arana y por Sotomayor Valdés. Limitándose al último, la minuciosidad de su investigación constituye precisamente el defecto capital de su obra. Distrae al lector con la necesidad inconsciente de vaciar el exceso de datos acumulados. Su prolijidad sencillamente no ha sido superada en Chile”. “La ingenuidad psicológica de Sotomayor Valdés corría a parejas con su admirable paciencia de investigador” (6).

Comentando el dictamen de Amunátegui, él mismo expresa: “el insólito juicio que acabamos de transcribir viene, sin embargo, de un intelectual ya maduro y muy pacato, que inconscientemente paga tributo al prejuicio chileno, que no concibe que pueda tener fondo y reflejar una investigación seria, una historia amena, ni que pueda ser superficial una historia pesada, y no tiene otra base que el hecho de tener el autor un estilo elegante” (7).

Si nuestro historiador abandonó aquel anticuado sistema de sus predecesores y compañeros, de transcribir los documentos en el texto, no pudo, sin embargo, prescindir de la influencia de esa corriente, difundida en Europa por Macaulay, Guizot y en especial

(6) La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia, Francisco A. Encina.

(7) La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia, Francisco A. Encina.

por Lafuente en España, que convierte la historia en un sonoro discurso. Sotomayor Valdés escribió, pues, en el lenguaje oratorio de sus maestros; aquel sistema era sin duda el que mejor se avenía con el plan que se propuso. D. Ramón era ante todo un político conservador, tenía mentalidad pelucona y admiraba la obra de Portales y de los conservadores. Como diarista, ya le hemos visto poner su pluma al servicio de aquella causa; como historiador, seguiría la misma línea de conducta.

D. Ramón, en lenguaje clásico, que a veces hace recordar a Tácito, escribió páginas inmortales, en las cuales hay agudas y atinadas consideraciones acerca de los hechos y de los hombres que actuaron en la primera época de la organización de la República. Profundamente desapasionado, critica sin ambages a los políticos pelucones cuando el autor lealmente cree que sus actuaciones no benefician al país. Con la obra de Sotomayor Valdés comenzó un nuevo período en nuestros estudios históricos que ha llegado a su apogeo en nuestros días con la obra de D. Francisco Antonio Encina.

La vida de D. Ramón fué siempre muy austera: no obstante los largos servicios que prestó al país en la diplomacia, en el periodismo, en la banca y como oficial mayor del ministerio de hacienda, en la época difícil de la guerra de 1879, vivió y murió muy pobre. Era un grande economista, discípulo aventajado de Courcelle-Seneuil, pero fué un verdadero Quijote, cuyos conocimientos le sirvieron sólo para enriquecer a los innumerables sanchos que le rodearon.

El historiador de la Colonia

D. Crescente Errázuriz Valdivieso (1839-1931).—Es el más completo de los historiadores eclesiásticos chilenos y junto con el arzobispo ecuatoriano D. Federico González Suárez, uno de los dos más acuciosos de la iglesia hispanoamericana. Errázuriz es de los primeros que empezó a innovar los viejos métodos para escribir his-

toria. Aunque su intención fué desfacer los entuertos de las obras de Amunátegui y reivindicar la labor evangelizadora de la iglesia, D. Crescente penetró también, con muy buen éxito, en el campo de la historia civil. Errázuriz, en su juventud, no tenía vocación de historiador, pero su tío el arzobispo D. Rafael Valentín Valdivieso, el más ilustre de los prelados de América, que había traído de Europa copias de numerosos documentos relacionados con la iglesia de Chile, pidió al sobrino, a la sazón activo y agudo periodista, que los aprovechara para escribir la historia de la iglesia de Chile. Fué así como el señor Errázuriz, que nada podía negarle a su tío, a quien consideraba como verdadero padre, comenzó a dedicarse a los estudios históricos en los cuales llegaría a ser peritísimo. Escribió entonces *Los Orígenes de la Iglesia Chilena*, que publicó poco después para refutar a D. Miguel Luis Amunátegui Aldunate. Sin embargo, el sacerdote hizo su estudio con mucha serenidad y no pocas veces su pluma acerada, critica a los eclesiásticos chilenos y españoles de la Conquista y de la Colonia. El había dicho que no había "nada más peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos". Los trabajos de Barros Arana y de Vicuña Mackenna sirvieron mucho al señor Errázuriz para sus obras.

D. Crescente sostuvo larga polémica con D. Miguel Luis Amunátegui, a propósito del prólogo de *Los Orígenes de la Iglesia Chilena*, obra escrita para refutar a Amunátegui sus antojadizas apreciaciones sobre la actuación de la iglesia en la Conquista y en la Colonia. La controversia fué modelo de cordura y ambos historiadores expusieron sus puntos de vista con elevación de miras; y después de ella lograron estrechar aún más su amistad.

En las primeras obras, Errázuriz, siguió el mismo sistema de los viejos historiógrafos y en *Los Orígenes* utilizó todos los documentos que existían hasta 1872 y los insertó en el texto. Esos folios, naturalmente, no arrojaban mucha luz sobre la naciente vida chilena: *Los Orígenes* es más bien un libro de polémica, lleno de lagunas, y por eso el autor no lo reeditó jamás. En las obras siguientes no cambió tampoco su método de copiar la documentación. *Seis*

años de Historia de Chile, fué hecha en parte para rectificar las afirmaciones erróneas que hace su amigo Barros Arana en la *Historia General de Chile*, pero reconoce que después de esta obra "es harto difícil dar la novedad a un estudio histórico dentro de la época que abarca su *Historia General de Chile*". Errázuriz y Barros Arana eran muy amigos, ambos facilitábanse mutuamente los papeles viejos de que disponían, con gran desinterés, prescindiendo en absoluto de cuestiones religiosas o políticas. Es un honor para Chile la ecuanimidad y nobleza de sus historiadores para ayudarse, sin envidias ni celos. D. Crescente como era tan amigo de Barros Arana no vió jamás los defectos de la *Historia General de Chile*. Durante la revolución de 1891, Errázuriz, que era Prior de la Recoleta Dominicana, tuvo escondido, en ese claustro, a su colega Barros Arana.

Desde 1914, D. Crescente comenzó a innovar los viejos métodos históricos. En la obra sobre Pedro de Valdivia y todas las posteriores, en las cuales estudia la vida y trabajos de los sucesores del conquistador de Chile, en la Capitanía General, Errázuriz prescinde un poco del documento y ya no lo copia en el texto mismo sino al margen, lo mismo que Sotomayor Valdés, lo cual da mayor soltura y amenidad al estilo, que en los últimos volúmenes es infinitamente superior al de los anteriores.

Nuestro historiador era un gran patriota, pertenecía a una familia patricia, cuyos hombres sirvieron a la República con inteligencia y probidad. Por eso el fin principal de sus obras es exaltar las mejores cualidades de españoles e indígenas y luego las virtudes de la raza chilena. Le subyuga irresistiblemente no sólo la bizarria y audacia de esos bravos guerreros, sino principalmente la grandeza de esas almas en las horas de infortunio. Tal simpatía tórnase en veneración cuando se refiere a la ímproba labor que se impusieron los primeros obispos y sacerdotes para organizar la iglesia. El se propuso esclarecer la verdad sobre la actuación que cupo al clero en la Conquista y en los albores de la Colonia. En toda su obra queda en claro la eficaz contribución de la iglesia a todo lo que significara adelanto en pro de la cultura y del orden social.

Era un verdadero historiógrafo que amaba por sobre todo la verdad. Ninguno de sus colegas, ni Barros Arana, ni Amunátegui, ni Vicuña Mackenna, ni Medina, encontraron jamás, en sus volúmenes, ni una sola frase sobre la cual se pudiera echar la más leve sombra de duda acerca de la veracidad de las crónicas. El señor Errázuriz es tal vez un cronista, dentro de la historia nacional, no es un historiador como Sotomayor Valdés, ni un intuitivo como Vicuña Mackenna, es simplemente el cronista de la historia que narra en estilo clásico, aunque a veces frío y desaliñado, los sucesos y en algunas ocasiones da razones de los hechos y hace observaciones y conjeturas sobre cosas insignificantes: pero no convierte la historia en un mal tratado de filosofía. Era un hombre sagaz y de buen sentido, cualidades que le vinieron "de perlas" para sus obras históricas. Nadie mejor que él ha estudiado los primeros años de nuestra historia. Ha dicho D. Francisco Encina, perito en estas disciplinas.

Pero la mejor obra de D. Crescente es su libro *Algo de lo que he visto*, que se publicó tres años después de su muerte. Desde el punto de vista literario, es excelente por su estilo ágil y la agudeza e ironía de las observaciones. Es el documento más valioso sobre un largo período de la historia eclesiástica chilena, hasta entonces inexplorado. La rara intuición de D. Crescente nos ha permitido conocerle a él y a sus contemporáneos como no habíamos podido hacerlo en ninguna otra fuente. Los retratos de los personajes estudiados son tan vivos, tan gráficos, tan reales y psicológicos que a uno le parece verles moverse, pensar y actuar en su ambiente. Una cosa aparece visible y clara en *Algo de lo que he visto*, es la superioridad intelectual de D. Crescente. Nadie puede desconocerlo. Sólo un hombre de su talla moral y de extraordinaria inteligencia, podía presentar un cuadro tan exacto de la época y del medio en que le tocó actuar. El sabía que iba a ser duramente criticado, pero también comprendió que sus Memorias vendrían a aclarar un período difícil de la historia eclesiástica y por eso las entregó a su cole-

ga y amigo D. Julio Vicuña Cifuentes, para que las publicara después de su muerte.

La historia no puede escribirse sino a base de la verdad. Por mantener el prestigio y la reputación de los hombres no se pueden falsear los hechos. La caridad no sufre mengua cuando se señalan defectos de hombres que ya están en la historia, máxime si esos defectos pertenecen al dominio invulnerable de la vida privada.

Las últimas obras del señor Errázuriz, especialmente las extensas biografías de Francisco y Pedro de Villagra, están hechas a base de la documentación impresa y de los trabajos que realizaron los grandes investigadores, Pbro. D. Luis Silva Lezaeta, después primer obispo de Antofagasta; D. José Toribio Medina y D. Tomás Thayer Ojeda.

Monseñor Silva Lezaeta trabajó toda su vida al servicio de la historia nacional. Escribió una biografía del conquistador Francisco de Aguirre, su antepasado, y en la *Revista Católica* publicó varios estudios de grande utilidad para los historiadores. El conquistador Aguirre, le sirvió mucho al señor Errázuriz, así lo reconoce hidalgamente: "*El Conquistador Francisco de Aguirre*, libro del entonces presbítero D. Luis Silva Lezaeta, que tiene derecho a ser tomado en cuenta por los que deseen conocer a fondo los primeros días de la Colonia y suministra abundantes datos acerca de la venida de los conquistadores".

Los investigadores

D. Luis Silva Lezaeta (1860-1929).—Pertenece a una familia sacerdotal que hunde sus raíces en la del Papa del Monti, Julio III, y cuyas ramificaciones llegan hasta nuestra época (8). El obispo de Antofagasta era muy amigo de D. Crescente y cuando éste

(8) D. Francisco Silva Feliú, uno de mis tatarabuelos, casó dos veces, primero con doña Rosa Araneda Silva y tuvo un hijo sacerdote, Diego. En su segunda mujer doña Juana Lezaeta y Roldán engendró otro hijo sacerdote, Luis.

vió próximo su fin, en 1923, pidió al Presidente Alessandri que hiciera cuando pudiese para que fuera nombrado arzobispo de Santiago el señor Silva Lezaeta, pero D. Luis, aunque era veinte años menor que aquél, murió tres años antes (1929).

El señor Errázuriz aprovechó también con inteligencia, todos los papeles y documentos que recogió pacientemente en Europa y América.

D. *José Toribio Medina* (1852-1930), con quien cultivó estrecha amistad. El ilustre prelado e historiador, considera los documentos de Medina "como la principal fuente de su libro sobre Pedro de Valdivia, porque le presta toda su novedad". La obra de Medina, tan tesonera como sabia, es la materia prima de la cual todos los historiadores chilenos han tenido que echar mano para construir la moderna historia nacional. Sus documentos inéditos, la colección de historiadores y, en general, toda su prolija producción, son ricas canteras que han servido para levantar el magnífico monumento de nuestra envidiable historia nacional. La obra bibliográfica de D. José Toribio Medina, polígrafo sin par en Hispanoamérica, fué estudiada prolijamente el año pasado, en un verdadero congreso, con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento. La labor del ilustre investigador merece el reconocimiento y la gratitud de Chile.

D. *Tomás Thayer Ojeda*, nuestro octogenario colega, cuya vida de intenso trabajo intelectual descifrando borrosos documentos le ha privado de la vista, cuando más la necesitaba. El señor Thayer Ojeda ha sido un investigador acucioso e infatigable. Es autor de trabajos fundamentales sobre la Conquista de Chile, sin los cuales hubiera sido poco menos que imposible escribir la historia nacional, especialmente la eclesiástica. Su libro sobre los sacerdotes en la Conquista de Chile, es de grande importancia para conocer los orígenes de la iglesia en nuestro país.

D. Crescente Errázuriz mantuvo siempre las más estrechas relaciones de amistad con el señor Thayer Ojeda y declara en su obra *Pedro de Valdivia*, que el magnífico plano de Santiago del señor Thayer, le sirvió para hacer la biografía completa del conquistador.

Tan íntima era la amistad entre estos dos estudiosos que D. Crescente pidió a sus colegas de la Academia Chilena de la Lengua, que eligieran al señor Thayer Ojeda para sucederle en la ilustre corporación. El instituto cumplió el encargo del señor Errázuriz y desde veinte años ha, el erudito investigador honra a la Academia.

Los trabajos de Silva Lezaeta, Medina y Thayer Ojeda, especialmente los de estos últimos, han contribuído decisivamente a enriquecer los estudios acerca de nuestra fecunda historia nacional.

Escuela sociológica en la historia

Los primeros historiadores chilenos hicieron caso omiso del pueblo, se despreocuparon totalmente de la vida social, relataron los hechos de armas, los movimientos políticos y la vida de los personajes y olvidáronse de las demás actividades nacionales, de las clases sociales, de las letras, de las industrias, etc. Los dos primeros historiadores que estudiaron los fenómenos sociológicos fueron los señores Alejandro Fuenzalida Grandón y Domingo Amunátegui Solar (1860-1942). D. Luis Galdames hizo también en este sentido una interesante labor, pero de él hablaremos más adelante entre los historiadores modernos.

Siguiendo la opinión de Guillermo Feliú Cruz, D. Domingo Amunátegui Solar es el jefe de esta escuela histórico-sociológica. Tres libros clásicos dan testimonio de ello: *Las Encomiendas Indígenas de Chile*, *Mayorazgos y Títulos de Castilla*, bajo el subtítulo de la "Sociedad chilena en el siglo XVIII" e *Historia Social de Chile*.

Amunátegui comprendió que sin estudiar los fundamentos sociales del pueblo no se puede escribir su historia y para suplir en parte este defecto capital, documentóse y publicó los libros precisados, de los cuales han echado mano todos los futuros historiadores chilenos e hispanoamericanos.

"La historia de una familia —dice D. Domingo Amunátegui— abarca un campo vastísimo, que, ya invade los dominios de la

historia política, ya se mantiene dentro de los límites de la vida privada, ora descubre los progresos agrícolas e industriales de una nación, ora sigue el desenvolvimiento de las clases principales de la sociedad”;

D. Alejandro Fuenzalida Grandón en sus libros *Lastarria y su tiempo* y *La Evolución social de Chile*, pretendió, sin lograrlo ni a medias, hacer un estudio de la evolución social chilena. El señor Fuenzalida lucubra a base de las ideas mal digeridas, de Leibniz, Comte y Spencer.

Los historiadores modernos y sus auxiliares los investigadores

Las investigaciones de Medina y Thayer Ojeda, y aun las de D. Crescente Errázuriz, sumadas a las de Amunátegui Aldunate y a las de Barros Arana, son las valiosas fuentes de información de que se han valido los historiadores modernos (los únicos a los cuales se les puede dar este título con propiedad) para escribir sus obras. Pero antes de proseguir y terminar con estos estudios, acerca de la literatura histórica chilena, debo mencionar a algunos investigadores de los últimos tiempos, sin cuyos trabajos habría sido muy difícil llenar algunas lagunas que existían en la historia nacional.

D. Domingo Amunátegui Solar (1860-1942), hijo de D. Miguel Luis, con su libro sobre *El Instituto Nacional*, y los ya citados: *Los Mayorazgos de Castilla* y *Las Encomiendas Indígenas de Chile*; Monseñor Carlos Silva Cotapos (1868-1940) con su *Historia de la Iglesia Chilena* y sus numerosas biografías de eclesiásticos; el Pbro. D. Elías Lizana con la publicación de los *Documentos del Arzobispado* y otros trabajos; Monseñor Reinaldo Muñoz Olave, con sus estudios acerca del arzobispado de Concepción; D. Alejandro Fuenzalida Grandón, con los trabajos de que ya hemos hablado sobre *Lastarria y su tiempo* y *La Evolución Social de Chile*; D. Tomás Guevara (1860-1935) con sus obras acerca de los araucanos; D. Luis Montt (1848-1909), con sus trabajos bibliográficos; D. En-

rique Matta Vial, dirigiendo la "Colección de Historiadores y de Documentos Inéditos relativos a la Independencia de Chile"; D. Carlos Morla Vicuña (1846-1900) con sus documentos paciente y sagazmente seleccionados; D. Luis Thayer Ojeda (1874-1942) con sus obras sobre *Navarros y Vascongados en Chile*, *Origen de los apellidos en Chile* y *Razas de la Península Ibérica*; D. Luis Barros Borgoño (1858-1943) con sus estudios históricos de carácter internacional como *La Misión del Vicario Apostólico D. Juan Muzzi*, *La Negociación Chileno-Boliviana*, *La Cuestión del Pacífico* y *Las Nuevas Orientaciones Bolivianas*; y, D. Miguel Luis Amunátegui Reyes (1862-1949) con sus eruditas monografías acerca de D. Bernardo O'Higgins y de D. Antonio García Reyes, cual más cual menos, todos allegaron documentos para las obras de los nuevos historiadores.

La historia como antes se escribía no contaba con lectores, apenas la utilizaban los investigadores y aficionados; y esta es la causa de que, a pesar de ser Chile un país de historiadores, nuestro pueblo ignore su propia historia.

Las obras de los primeros investigadores e historiadores son absolutamente desconocidas, mientras que las novelas de Alberto Blest Gana, Daniel Barros Grez, Liborio Brieba (*) y Luis Orrego Luco, eran devoradas por individuos de todas las clases sociales, las obras históricas dormían en los anaqueles de librerías y bibliotecas particulares. Aquellas excitaban el interés de todos porque están escritas en estilo vivo y apasionante, entretanto estas otras son soporíferas, sin vida, ni atractivo, porque los historiadores, en general, se concretaban a transcribir documentos y a comentarlos en forma muy incolora y desaliñada; y cuando algunos, como Vicuña Mackenna, lograba hacerse leer, era porque sus obras acercábanse más a la novela que a la historiografía.

Era necesario reaccionar y así lo comprendieron Sotomayor Valdés y Crescente Errázuriz; mas, sus volúmenes tampoco fueron

(*) Cito aquí las novelas de Barros Grez y Brieba no porque tengan algún valor literario, sino porque tuvieron el favor del público.

leídos por el grueso público, pues, en verdad, el lenguaje de ambos, con ser elegante, sobrio y clásico, en general, carece de atractivo y no subyuga.

La historia es ante todo espejo del pasado y en ella sólo debe rendirse culto a la verdad, es el más elevado y noble magisterio y es imprescindible que el pueblo conozca la historia de su patria; pero esto se logra sólo escribiéndola en forma atrayente, amena y fácil, sin renunciar por ello a la elegancia y sobriedad, condiciones indispensables de una obra literaria. La historia debe ser el fiel y exacto reflejo del pasado y no hay que convertirla en una lección de patriotismo, en desmedro de la verdad. José Vasconcelos, el singular historiador y filósofo mexicano, dice en su *Breve Historia de México*, que "el historiador no puede cambiar el curso de los acontecimientos, pero no por eso debe acatarlos servilmente. Ha de juzgarlos con varonil criterio, distinguiendo lo que es infortunado de lo que es honesto y glorioso. El mayor crimen de la historia es revestir de oropeles, sucesos que han sido la causa del atraso, la decadencia de las naciones". "Vale más —prosigue— no tener ídolos que tenerlos falsos. Más cerca de Dios estuvieron los israelitas que no adoraron sino la ley, que los egipcios, adoradores de faraones, bueyes sagrados y momias".

El vocablo historia nos dice de inmediato serenidad, cordura y elevación de miras. Su negación son las pasiones innobles y las injustas preferencias. El historiador debe mantenerse equidistante de los extremos y ajeno a todo sectarismo, para ver en hombres y sucesos sólo la verdad objetiva.

Los modernos historiadores chilenos comprendieron que era necesario innovar radicalmente el sistema de los viejos maestros de la historiografía para que el grueso del pueblo conociera la historia nacional. En Europa ya Ranke, Burckardt y Mommsen habían comenzado a innovar los anticuados métodos y escribieron obras que se leyeron y se leen con sumo agrado en el mundo entero.

Aquí, entre nosotros, el primero que inicia la reforma, sin llegar a la perfección ni a la popularidad, es D. *Gonzalo Bulnes Pinto*

(1852-1936), hijo de D. Manuel Bulnes Prieto. D. Gonzalo escribió *La Expedición Libertadora del Perú*, en 1878, a los veintiséis años, y más tarde publicó *La Historia de la Guerra del Pacífico*. A través de su obra adviértese una absoluta sinceridad y especialmente en la última, compuesta de tres volúmenes, echa por tierra, con mucha mesura y elevación a todos aquellos ídolos falsos que adoraron Vicuña Mackenna y otros historiadores de menor cuantía. Emplea un lenguaje sobrio, elegante y ameno; se coloca en un plano de la más absoluta independencia sin importarle las conveniencias humanas. Dice Emilio Rodríguez Mendoza que conoció íntimamente a Bulnes que “sentía y vivía los hechos que contaba sobria pero vigorosamente seleccionados los documentos para no dejarse ahogar por ellos y sin caer en fobias” (9).

Vió con sorprendente claridad los sucesos y la actuación de los hombres, sin prejuicios de ideologías políticas ni sociales. Ignora la táctica y la estrategia militar, pero descubrió el talento y la pericia guerrera y política de los hombres que actuaron en la contienda.

Sin embargo, su obra no se divulgó sino entre los estudiosos y letrados; y D. Francisco A. Encina la utiliza casi íntegra en el tomo que habla de la guerra de 1879 y dice, con razón, que con ella Bulnes se coloca al lado de los grandes historiadores militares europeos.

En seguida asoma en el campo histórico chileno el nombre de D. *Luis Galdames*, profesor universitario y grande estudioso de la historia nacional, que se hizo leer porque su obra llamada primitivamente *Estudio de la Historia de Chile*, fué y sigue siendo el texto escolar en el cual las generaciones del presente siglo aprendimos a conocer nuestro pasado. Pero es evidente, y hay que decirlo en honor a la verdad, que este libro del cual ya se han hecho numerosas ediciones, se habría leído aunque no hubiese sido texto de estudio porque es imparcial y ameno. “La historia —decía Galdames— no se concibe ya como una exposición comentada de sucesos polí-

(9) Nuestro historiador militar, “El Mercurio”, 18-XI-1951.

ticos y de aventuras guerreras, más o menos importantes, en que han intervenido determinados grandes hombres”, sino un conjunto orgánico de actividades de toda especie, que contribuyen a modificar las condiciones de vida de un país a través del tiempo. “Dígame lo que se quiera —manifestaba el autor—, la historia, tal como circula en nuestros países, se ha escrito casi siempre con el objeto de satisfacer la vanidad de algunos, la curiosidad de otros, la frivolidad del montón: urge que la escribamos para satisfacer la verdad”.

Es evidente que el señor Galdames hizo una síntesis bien objetiva de la historia de nuestro país, en un estilo comunicativo y agradable y ella léese con deleite, pero suelen escapársele, por ahí, frases insidiosas, cuando se refiere a la iglesia y a su obra, a las cuales dedica muy escasas líneas.

Fuera de este libro, el autor escribió también la *Evolución Constitucional de Chile*. *La Juventud de Vicuña Mackenna*, *El Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile* y *Don Valentín Letelier y su obra*, y en todas se advierte la misma amplitud de criterio, pero como es natural, en ellas deja entrever que por sobre todo es un librepensador. No obstante el señor Galdames se esfuerza por manifestarse imparcial y es tal vez el historiador moderno que mejor ha logrado este objetivo. En *La Evolución Constitucional de Chile*, aporta también ideas para el estudio de la historia social del país.

D. *Ricardo Montaner Bello* (1868-1946).—Las obras sobre *Negociaciones diplomáticas de Chile y del Perú* y la *Historia Diplomática de la Independencia de Chile*, especialmente esta última, revelan en su autor eximias condiciones de historiógrafo. Agotó la investigación sobre la materia y con estilo liviano y excelente criterio histórico nos ha dejado una obra fundamental de la que no pueden prescindir los historiadores.

D. *Agustín Edwards Mac-Clure* (1878-1941).—Fué sin disputa un diplomático e internacionalista hábil y estudioso, pero no se destacó como historiador, porque su obra *Cuatro Presidentes de Chile* carece tanto de interés documental como literario.

D. *Augusto Orrego Luco* (1848-1933).—D. Augusto Orrego Luco, como médico, escritor y político, fué siempre un artista que amó la belleza en todas partes y le rindió culto en las actividades de su larga existencia.

Su talento y cultura le permitieron escalar, sin desearlo, las cumbres de la vida cívica, literaria y científica, desde donde ejerció influencia notable en los destinos de nuestro país durante más de treinta años.

En general, en toda la producción literaria del doctor, como en las otras actividades de su vida, se deja ver la tendencia romántica, ella es como un sello indeleble que imprime carácter singular a su polifacética personalidad. *La Patria Vieja*, el libro póstumo, en dos gruesos volúmenes, es la historia del primer período de nuestra vida independiente, en la cual, con lenguaje vibrante, sonoro y armonioso, con un dejo romántico, presenta los hechos en forma atractiva, pero en el fondo piensa lo mismo que los historiadores del siglo XIX; cree, por ejemplo, que las diferencias entre O'Higgins y Carrera fueron las causas del desastre de Rancagua, y, ahora se ha probado que la ruina de la Patria Vieja se produjo principalmente por lo exiguo del ejército patriota, por su desorganización, y por la impericia militar de los jefes. Aun cuando O'Higgins y Carrera hubiesen estado en perfecto acuerdo, la Independencia no se habría logrado a la sazón.

La publicación de este libro fué muy accidentada: primero se iba a editar en París, en 1914, y se perdieron los originales; después quiso imprimirla en Barcelona y se quemó la imprenta, y, finalmente, cuando mandó los originales a la Universidad de Chile, se preguntó extrañado: ¿Qué irá a suceder ahora? Estaba imprimiéndose cuando murió.

D. *Ricardo Salas Edwards*.—Entre los historiadores de la revolución del 91 ninguno más sereno y bien documentado que D. Ricardo Salas Edwards. Sus dos volúmenes *Balmaceda* y *El Parlamentarismo en Chile*, acreditan probidad y buen juicio como historiador. Los tomos se leen con grande interés, tanto por la sinceridad, cor-

dura e inteligencia del autor para juzgar la personalidad de Balmaceda, como por la noble sencillez del lenguaje.

D. Francisco Encina, en la *Historia de Chile*, ha utilizado casi íntegra la magnífica obra del señor Salas Edwards en la cual encontramos un juicio sereno, definitivo y favorable sobre la discutida personalidad del Presidente Balmaceda.

(Continuará)